

CRISTO — HA — MUERTO



DR. JOSÉ LUIS HAUYÓN

CRISTO
— HA —
MUERTO

DR. JOSÉ LUIS HAUYÓN

Sobre el libro *Cristo ha muerto*:

Una tarde de febrero de 2013, Silveriano, un joven seminarista peruano que ha pasado parte de su formación en pecado debido a que mantenía relaciones sexuales con una prostituta llamada Karen —sin saber a lo que ella realmente se dedicaba—, se encuentra con el arzobispo y cardenal de Buenos Aires en el aeropuerto internacional de Lima. A raíz de este encuentro, toma una decisión sobre los cuestionamientos que ya se venía realizando sobre su vida y emprende una aventura clerical donde su principal aliado es la persona más importante de la Iglesia católica: el papa.

Habiendo elegido el camino de Dios, y luego de terminar su formación como sacerdote, Silveriano se enfrenta a los miembros «conservadores» de alto rango en la Iglesia católica peruana para poner en marcha, con ayuda del papa en el Vaticano, un cambio en el rito de la santa misa, para que los fieles católicos puedan mejorar como personas y vivir en coherencia con lo que se predica en las misas, brindando así una imagen más activa de la Iglesia.

En su largo camino eclesiástico, Silveriano va ascendiendo en los cargos que el papa le confía, pero no es ajeno a los sucesos coyunturales de su país y del mundo, pues participa activamente en la sociedad —en ocasiones junto al papa— predicando un amor verdadero al prójimo. Sin embargo, años más tarde, una guerra obligaría al papa a tomar una decisión que tendría consecuencias en su vida, la de Silveriano y la de millones de personas alrededor del mundo.

Esta novela relata diversos aspectos de la condición humana, refleja la situación política y social actual de diferentes países, principalmente de Perú, e invita a los lectores a identificarse con los personajes para que tomen acción sobre la calidad de vida espiritual que llevan y para que se preocupen más por el prójimo, en especial por el más necesitado.

Esta novela está dedicada a mis hijos, a mis alumnos y a todos los lectores, en especial a los fieles católicos del mundo. Para que se sumen a un cambio más espiritual y humano, para que justifiquen y retribuyan el regalo divino de haber nacido, compartiendo con el prójimo todas las enseñanzas que Jesucristo nos dejó y escuchamos en misa cada domingo, y para que se propaguen las acciones de bien y el amor al prójimo. Este relato ficcional es un llamado a la acción, porque comprende que cada uno tiene una misión diferente en su vida, pero que todos tenemos un mismo objetivo según las palabras de Cristo: el amor y el respeto por el prójimo. Hacer algo por el hermano es tan importante y necesario hoy en día, sobre todo en un mundo donde la espiritualidad y la moral poco a poco se caen a pedazos, un mundo donde la hipocresía, el odio, el rencor y la envidia están tan presentes en el día a día de todos los hijos de Dios que lo ven normal en sus vidas. Esta novela les pide cambiar y tener un efecto en los demás. No pide una vida santa, pero sí coherente y humana, donde el amor al prójimo esté siempre presente y las necesidades de las personas sean cada vez más escasas.

[Los personajes y acontecimientos narrados en esta novela son de carácter totalmente ficticio].

I

CAOS

El Vaticano estaba en caos. En su interior, desesperados, los presentes trataban de mostrar lo contrario. Sus rostros no mentían: en el reflejo de sus ojos se apreciaba el terror de lo que estaba por venir, que era algo totalmente desconocido para ellos —para todos, en realidad—. Sin embargo, quizá tal y como estaban acostumbrados, callaron todo lo que tenían que decir y la actitud de los miembros de la sala en ese momento solo denotaba preocupación. Por su parte, el papa se quitaba un gran peso de encima. Lo juzgaban débil, no lo creían capaz de hacer algo semejante. Nadie esperaba lo ocurrido, pero aun así tuvo el valor de hacerlo. Tomó a todos de improviso.

Mientras tanto, en los demás órganos, sedes e instituciones de la Iglesia católica, y en todo el mundo, se expandió la noticia. Los periodistas llegaban de diferentes latitudes; los medios de prensa estaban preocupados por informar en su cobertura especial lo que sucedía cada minuto dentro de los muros del Estado de la Ciudad del Vaticano. Los *flashes* alumbraban cada rincón del aula donde se

encontraba el sucesor de san Pedro. Los salones de las congregaciones y los dicasterios estaban llenos de clérigos curiosos sin saber qué hacer o a quién acudir. A la crisis religiosa de la Iglesia católica se sumaba también una crisis institucional. Muchos empezaron a cuestionar y preguntarse qué es lo que sucedería con los funcionarios, sacerdotes, obispos y cardenales que trabajaban con el papa; pero absolutamente nadie estaba seguro ni tenía una respuesta en ese momento. Desde la Secretaría de Estado; la Congregación para la Doctrina de la Fe; el Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida; la Congregación para las Causas de los Santos; la Congregación para el Clero; hasta la Academia Pontificia de las Ciencias Sociales; la Cámara Apostólica; el Pontificio Consejo para los Textos Legislativos; la Congregación para las Iglesias Orientales y todos los órganos de Estado y de la Santa Sede (en realidad, toda la curia romana y el mundo entero) estaban conmocionados. No solo se respiraba un ambiente muy triste y penoso, sino también uno muy crudo y pesado. Y aunque algunos estaban a favor del papa y otros en contra, coincidían en que se aproximaba un periodo lleno de estrés, presión e intriga para la Iglesia que dirigía a los más de 1200 millones de católicos en el mundo. Muchos fieles lloraban, se azotaban, rezaban o simplemente estaban atónitos. No podían creer tal acto inimaginable que protagonizó el que hace las veces de Cristo en la Iglesia. A medida que pasaban los minutos, algunos meditaban: «Por algo será que lo ha hecho», tratando de comprenderlo. Como si tratar de ponerse en su lugar ayudara a entender mejor cuáles fueron las razones que lo llevaron a su «acto final de valentía en medio del Vaticano», como muchos lo calificaron.

La vida en el Vaticano es muy diferente a lo que cree el ciudadano de a pie, el laico. Muchos piensan que en la Santa Sede todo es amor y tranquilidad por ser la institución religiosa más representativa e importante del mundo, la que alberga «en su máximo esplendor» la figura de Dios en la Tierra. Pero nada más lejos de

la realidad, no es fácil ni sencilla, pues hay guerras silenciosas que una persona de cierta edad ya no puede aguantar. Lo que hizo el papa, más allá de si estuvo bien o mal, reflejaba que no estaba en condiciones de soportar mucho lo que se vive intramuros (o quizá que ya había soportado demasiado). Todo lo que pasa en el Vaticano es excesivo para cualquier alma que lo único que necesita y desea —por salud física y mental— es paz y tranquilidad: lo cual en el Vaticano no hay. Incluso, algunos eclesiásticos, para incrementar esa intranquilidad y atormentar más al papa, se atrevían a aconsejar a los sacerdotes más jóvenes y ambiciosos de poder que llegaban a la Santa Sede diciéndoles que, para escalar y mantenerse de pie en dicha «jaula eclesial», tienen que «escuchar todo, observar mucho y no abrir la boca para nada», casi como si fuera una ley implícita al momento de ingresar al Vaticano.

La nobleza del papa y todo aquello que lo caracteriza hizo que muchos clérigos encargados de dicasterios (y hasta cardenales cercanos) se aprovechen de él, y eso el papa no lo pudo soportar, pues su formación y campo laboral más que lo práctico es lo intelectual: un teólogo muy dedicado, cuyo error fue no saber cómo enfrentar a los narcisistas y autorreferenciales prelados que se encontraban en diferentes partes del Vaticano y del mundo, dirigiendo diócesis o asumiendo cargos religiosos importantes donde sus representantes deben caracterizarse por predicar amor, no envidia; ser humildes, no orgullosos; preocuparse por el prójimo, no abandonarlos. A algunos de ellos lo único que les importaba era aumentar su poder personal y sus riquezas, así como sus vanidades y caprichos, o mantener el *statu quo* dentro de la Iglesia católica sin modificar nada de lo ya establecido, como si fuera un imperio absolutista o un Estado autoritario del mundo eclesiástico.

Al papa lo envolvieron en muchos escándalos después de que perdonó a su mayordomo por filtrar información confidencial donde se evidenciaba que algunos miembros del Clero dominaban bandos

contrarios y se enfrentaban constantemente por el gobierno interno de la Santa Sede. Ordenó una investigación sobre lo sucedido y cinco cardenales elegidos para el caso le entregaron un informe de poco más de trescientas páginas que, otra vez, se filtró a la prensa italiana y repercutió en los noticieros del mundo. En estas nuevas filtraciones —embarazosas todavía para una Iglesia «conservadora» según sus fieles— salieron a la luz más rumores sobre actos escandalosos de sacerdotes, cardenales y obispos de la curia romana en el Vaticano, que ejercían la práctica de orientaciones sexuales prohibidas por la Iglesia, además de tráfico de influencias en favor de los más allegados. Todas estas noticias se dieron a conocer por televisión y en artículos periodísticos de importantes medios a nivel mundial, tales como la *BBC News*, diario *El Mundo*, *Vatican News*, *Rome Reports* y otras fuentes de información muy serias como para creer que se tratara de *fake news* o bromas de mal gusto hacia la Iglesia católica. Por eso, para muchos fue comprensible y necesario apoyar la decisión del papa; pero lo que no se podía hacer era juzgarla —como gran parte de la curia romana lo hizo—, ya que muchos de sus miembros estaban en contra de algún mandato de este, tal vez por envidia o por cuestiones más político-religiosas; pero aun así, después de sus declaraciones, muchos miembros de la Iglesia no podían deshacer lo evidente, ya no había marcha atrás: el papa había anunciado su renuncia.

Fue después de una ceremonia de canonización en la Sala del Consistorio del Vaticano, rodeado de poco más de 65 cardenales y del coro de la Capilla Sixtina. Hacer esto al final de un acto de similar envergadura —y de manera tan sorprendente— fue un hecho realmente único e impactante para los presentes en la sala, en cuyas mentes, seguramente, siempre resonarán aquellas palabras en latín con las que el santo padre decía adiós:

Declaro que renuncio al ministerio de obispo de Roma, sucesor de san Pedro, que me fue confiado por medio de los cardenales el 19 de abril de 2005.

Se lo decía a muchos de los cardenales que lo eligieron y que no necesariamente por coincidencia también se encontraban allí. A los mismos cardenales que, según el Código de Derecho Canónico, libro II (del Pueblo de Dios), parte II (de la Constitución Jerárquica de la Iglesia), sección I (de la Suprema Autoridad de la Iglesia), capítulo III (de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana), conforman el Colegio Cardenalicio y les corresponde elegir en conjunto, a través de un cónclave, al romano pontífice (papa) cuando el anterior muere o renuncia a su cargo. El papa, como todo miembro del Colegio Cardenalicio, sabía que los cardenales electores no pueden ser más de 120 ni superar los 80 años, y también sabía que muchos de los cardenales mayores suelen ser fuente de confianza e influencia en los más jóvenes para que puedan elegir al siguiente obispo de Roma: porque tienen la ventaja de los años y de conocer a casi todos los miembros del Colegio que posiblemente puedan ser elegidos. Por eso, con mucho tiempo de premeditación y cálculo, había seleccionado ese día para declarar su renuncia.

... De forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20:00 horas, la sede de Roma, la sede de san Pedro, quedará vacante, y deberá ser convocado (por medio de quien tiene competencias) el cónclave para la elección del nuevo sumo pontífice.

La pertenencia al Colegio Cardenalicio cesa por muerte, deposición o renuncia aceptada por el santo padre y es importante para muchos porque, aparte de ser un cargo honorífico, son sus miembros quienes eligen al sucesor en el trono de san Pedro; y el papa que se iba sabía bien a quiénes dejaba estratégicamente en esos cargos

importantes, especialmente el de «camarlengo» (cardenal encargado de los bienes de la curia romana, tales como la Cámara Apostólica, las remuneraciones, los arrendamientos del Colegio Cardenalicio; también es quien dirige las misas de los cardenales difuntos y se convierte en la cabeza de la Santa Sede cuando aún permanece vacante). Así podía irse tranquilo sin que se sienta un abandono en la transición de su pontificado mientras el siguiente papa era elegido. Pero otro punto importante respecto a la función de los cardenales es que desarrollan actividades de tipo consultivas, tanto al papa como a la curia romana, mediante los consistorios, que son de dos tipos: los públicos (ordinarios) y los privados (extraordinarios); y en todo momento el papa, antes de presentar su renuncia, lo sabía. También era consciente de que no era un consistorio al que los cardenales tenían que asistir, sino a un cónclave; en este caso, por su dimisión: hecho histórico y sin precedentes en los últimos seiscientos años.

El cardenal Ángel Sodano —decano del Colegio Cardenalicio— fue el único cardenal de entre todos los presentes que pudo pronunciar, después de algunos minutos, unas palabras en respuesta a la renuncia del papa.

Su santidad, amado y venerado sucesor de Pedro, su mensaje ha caído entre nosotros como un rayo en cielo sereno. Ha perturbado nuestra tranquilidad con una noticia que nos deja sin aliento, pero aceptamos y humildemente acompañamos en estos momentos.

Palabras exactas que presagiaron lo que sucedió horas más tarde cuando un rayo cayó sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro en medio de una tormenta que azotaba el clima de Roma y la Ciudad del Vaticano. Dicho evento climático fue tomado de diversas maneras, tanto por los miembros del Clero como por parte de los fieles y hasta los no creyentes, que por varias horas escuchaban

sorprendidos los truenos alrededor del Vaticano aquella noche tan penosa.

+ + +

La última actividad que celebró el papa fue una misa de despedida y justo después de la ceremonia dejó su cargo y el Vaticano. Algo inusual en los últimos siglos debido a que no había fecha ni hora exacta del fin del pontificado de ningún papa, ya que estos fallecían, mas no renunciaban. La semana y media que se vivió antes de la misa de despedida fue silenciosa y multitudinaria. Dentro de la Santa Sede, los cardenales y encargados de los dicasterios realizaban sus actividades muy callados; en todas partes, la mayoría estaba casi como de luto, ya sea en el Palacio Apostólico, la Residencia de Santa Marta o incluso en la Basílica de San Pedro y en la Capilla Sixtina: por donde sea que se pasaba, el ambiente era muy diferente y denso. Por otro lado, durante aquellos días, en la Plaza de San Pedro se reunían miles de fieles que realizaban una gran vigilia en apoyo al líder espiritual de millones. Había mucha gente que lloraba desesperadamente. A pesar de las mañanas nubladas y de las lluvias intermitentes sobre Roma y la Ciudad del Vaticano, se escuchaban cánticos, salves y padrenuestros en todo momento. Ya fuera de día, madrugada o noche, los fieles estaban allí orando y esperando más noticias de lo que sucedería en los próximos días. Se acompañaban física y espiritualmente, no dejaban de orar por el papa, así estuviesen hambrientos o demasiado cansados.

Un día antes de la misa de despedida —aquel jueves 27 de febrero de 2013— llegó el cardenal Bergoglio. Este cardenal llevaba una vida muy tranquila, humilde y sencilla; trataba de acercarse lo más posible a las enseñanzas de Jesucristo, era más de acción que de palabras, le gustaba relacionarse con todos los hijos de Dios: los

pobres, los marginados, los presos y los olvidados. Estar cerca de la gente era lo que más le gustaba: ayudaba a los necesitados, protegía a los más vulnerables y acercaba a los más excluidos de la arquidiócesis de Buenos Aires, en Argentina. Utilizaba la diplomacia eclesial para crear convenios y seguir ayudando, acudía a albergues llevando donaciones, proporcionaba alimento a cientos de personas de su arquidiócesis y coordinaba para que alcancen raciones incluso a otras zonas fuera de su jurisdicción eclesial. Ninguna persona que lo necesitara se quedaba sin algo que comer. Por más pequeño que sea, siempre se compartía con el prójimo. Era un cardenal muy activo y también servicial debido a la formación que recibió, pues pertenece a la Compañía de Jesús (los jesuitas) y esta orden se caracteriza por ser de muy buen y gran corazón. También es sabido que sus miembros siempre están al servicio de los demás y, sobre todo, atentos a los mandatos del papa para predicar las enseñanzas y la misión de Cristo por todo el mundo; sin embargo, debido a diversas diferencias, el cardenal argentino tuvo conflictos con el Gobierno de su país, tanto así como lo tuvo todo aquel que osó defender la fe y la integridad no solo de la Iglesia católica, sino también de los más necesitados. Era el sistema político que abusaba de los más pobres y seguía enriqueciendo a los más ricos con acuerdos para nada justos con las grandes empresas y las transnacionales. Por un lado, se incrementaba el valor de los productos básicos; y por otro, pagaban una miseria a los trabajadores. Las malas decisiones de los políticos que se aprovechaban de los pobres eran tan constantes que el cardenal no dudó en enfrentarlos por defender al prójimo. Desde su cargo como miembro importante de la Iglesia católica trataba de frenar muchos de los abusos, la hambruna y las injusticias que se vivían desde hace mucho tiempo atrás en su país, pero sin ayuda no podía. Ya con el paso del tiempo, aquellos conflictos con el Estado fueron parte del pasado y se llegó a superarlos; aunque de todas maneras quedaron estragos y registros en las páginas que escribían la historia de su país.

Después de la misa de despedida, cada uno de los cardenales electores tuvo tiempo para concentrarse y escribir, o preparar sus respectivos discursos, sobre cómo debería ser el siguiente papa y lo que en verdad necesitaba la Iglesia católica. Dichos discursos se presentaron en la ceremonia del precónclave tres días antes de llevarse a cabo el cónclave (que ya estaba oficializado para el 12 de marzo del mismo año a las 4:30 p. m.). En el precónclave, cada uno de los cardenales tuvo tres minutos y medio para leer sus discursos, pero al cardenal Bergoglio solo le tomó tres minutos explicar lo que sentía... lo que pensaba que el próximo papa debería hacer, cómo debería guiar la Iglesia católica y la evangelización de los fieles; y, sobre todo, qué papel le daría a ellos: uno más activo, así como también era necesario brindarles una Iglesia que esté cada vez más presente, una que en verdad se preocupe por sus fieles en lugar de los propios miembros del Clero: aquella Iglesia que vive para los demás y no para sí, la que comparte el verdadero amor de Jesucristo con los fieles y los más necesitados.

El cardenal Bergoglio resaltó entre todos los cardenales por su propuesta de una Iglesia renovada, dejó en claro que el papa elegido tendría que hacer muchos cambios y dio a entender la necesidad de un pontificado que camine con el pueblo, no solo que imponga órdenes, mandatos y escritos como si se tratase de un régimen dictatorial. Explicó que se necesitaba un papa que los lidere y cumpla todo lo que diga mediante acciones, no solo mediante rezos, sino que esté con el pueblo: que se encargue de seguir el camino de Dios y los ministerios de Jesucristo junto a ellos. Una Iglesia más integrada y unida, eso es lo que quería.

+ + +

Llegó el día del cónclave, todos los cardenales que llegaron desde semanas antes al Vaticano y se habían hospedado en la Residencia de Santa Marta se alistaban en sus habitaciones. Allí, en Santa Marta, no se permite usar teléfonos, radios, televisión, ni algún otro medio o instrumento que viole la confidencialidad de dicho evento; incluso, el ahora papa emérito hizo juramentar a cada uno de los cardenales para que no se filtre información mientras dure el cónclave y, de ser así, el responsable sería castigado con la excomunión. Primero, se celebró una misa de inicio a la que asistieron todos los encargados de organizar dicho evento tan importante y, por supuesto, también estaban presentes los miembros del Clero—incluyendo a los 115 purpurados electores representantes de 49 países, de los cuales más de la mitad de aquellos eran europeos: unos 60 cardenales aproximadamente—. Solo un cardenal venía de Oceanía: el australiano George Pell. El resto de los cardenales provenía de diferentes países de Latinoamérica, Asia y África. Estaban también los cardenales de Estados Unidos y Canadá, quienes no podían faltar.

Al culminar la ceremonia, los cardenales se aislaron del mundo en la Capilla Sixtina para dar paso al esperado cónclave. Había mucha intriga en el mundo entero debido a que por los medios de comunicación ya circulaban, a manera de especulación, varias listas con nombres de los cardenales favoritos para el papado. Entre ellas figuraban el cardenal italiano Angelo Scola, el cardenal canadiense Marc Ouellet y el brasileño Scherer, entre otros; pero algunos miembros eclesiásticos muy longevos y sabios—que seguían el cónclave desde las afueras de la Capilla Sixtina como el resto de católicos del mundo— sabían que no necesariamente alguno de los nombres presentes saldría elegido, ya que había un dicho que solía correr entre los cardenales los días cercanos a algún cónclave en la Santa Sede que decía: «quien entra papa sale cardenal». Este dicho se conservaba a través de los años y en varias ocasiones se cumplía,

ya que los favoritos de algunos cónclaves pasados al final no salían elegidos, sino otros cardenales que ni figuraban ante los medios.

Es cierto que solo los cardenales que tienen menos de ochenta años hasta el momento de la sede vacante pueden votar para elegir al sumo pontífice y, en realidad, cualquier varón bautizado puede ser elegido papa, incluyendo a los cardenales mayores de ochenta y cualquier otro miembro de la Iglesia que, si no tiene el cargo de obispo, tendrá que ser consagrado inmediatamente tras su elección. Pero en los cónclaves de los últimos tiempos, solo había sido elegido papa los que exclusivamente tenían el cargo de cardenal: tal vez por coincidencia o por querer mantener a un representante en el cargo de papa que esté de acuerdo con la línea de sus ideales en la Iglesia, eso no se sabía. En este caso, lo más probable era que también fuera escogida, por tradición, alguna persona que ostentara el cargo de cardenal. De todos los cardenales habilitados para la votación, solo dos no asistieron: el cardenal de Indonesia, Julius R. Darmaatmadja, por motivos de salud, y el cardenal Keith Patrick O'Brien, líder de la Iglesia católica en Escocia —el único cardenal que representaba a Gran Bretaña—, debido a que el papa aceptó su renuncia luego de ser acusado de «conducta sexual inapropiada y depredadora» y «abuso de su poder eclesiástico» contra seminaristas y sacerdotes de alto rango bajo su jurisdicción.

Para el final del primer día de votación, no se llegó a ningún consenso y el principal favorito de la sede vacante fue el cardenal Scola, pero solo obtuvo 30 votos, que no eran los necesarios para ser elegido papa; y esto debido a que la opinión de sus compatriotas, los cardenales italianos, estaba muy dividida, y muchos representantes de otros países estaban en contra de su elección por los escándalos que ya venía afrontando la Iglesia, justamente relacionados con sacerdotes y obispos italianos. Otra de las razones principales fue que no veían en él una voz de liderazgo espiritual que guíe a la Iglesia católica universal. No tanto como el cardenal Bergoglio,

quien se posicionó en segundo lugar con 26 votos, convirtiéndose en uno de los principales opositores de Scola para ocupar la silla papal. Fue gracias a su discurso que llegó a obtener esa cantidad de votos, por encajar con lo que los cardenales electores buscaban. Luego de un largo y duro día de cónclave, el cardenal Scola conversó durante la cena y en total privado con algunos de los cardenales que simpatizaban por él para la silla papal y logró convencerlos de votar por Bergoglio, ya que también recordó su discurso del precónclave, donde proponía los grandes cambios que la Iglesia necesitaba.

Al día siguiente, ya miércoles —como estaba estipulado en las leyes del Código de Derecho Canónico para la elección de un santo padre—, se votó dos veces en la mañana y dos veces en la tarde. Pero no fue sino hasta la tercera votación que el cardenal Bergoglio se posicionó primero con un resultado de 56 frente a los 41 votos de Scola, pero seguían sin ser los suficientes como para ser elegido papa. Ante ese repentino aumento de votos, muchos de los cardenales que estaban en duda, y sin saber a quién elegir, vieron en el cardenal Bergoglio una señal divina para un cambio, y fue finalmente en el quinto sufragio que se dio de manera oficial la elección del nuevo papa por superar los dos tercios de votos; y para sorpresa de los medios de comunicación, y de todos los fieles católicos, el elegido fue quien menos se esperaban: el cardenal de Buenos Aires.

Jorge Bergoglio fue elegido papa, y luego de una reflexión a solas, el cardenal pensó en usar el nombre de Francisco para su pontificado. Eligió este nombre en honor al santo de su devoción: san Francisco de Asís. Rápidamente, los católicos y el mundo entero supieron que el papa ya había sido elegido debido al humo blanco que salía de la chimenea de la Capilla Sixtina. Los fieles (muchos de ellos estaban en la Plaza de San Pedro desde la renuncia del papa anterior) gritaron llenos de emoción y júbilo al ver esa fumata blanca. Todo ese tiempo habían esperado en vigilia con rezos y cánticos: toda una fiesta religiosa con mucha devoción no solo en apoyo y compañía al

papa que se fue, sino en bienvenida al que acababa de llegar. Todos juntos en aquel lugar con tanta historia, el mismo en el que durante años los fieles católicos asistían y se congregaban para escuchar las misas, los ángeles de los domingos y las audiencias generales de los miércoles. Miles de fieles de todas partes del mundo se abrazaban indistintamente a sus nacionalidades; se podía ver abrazos muy calurosos entre las personas que llevaban en sus espaldas banderas de Austria, Francia, Alemania, Colombia, Argentina, Perú, Chile, Venezuela, Polonia, España y el resto de países. La gente lloraba de felicidad, el sentimiento era tan grande que era inexplicable, unía a los fieles católicos y más aún a los presentes en la Plaza de San Pedro.